

Asimilación y transformación del positivismo en Latinoamérica

Por Arturo ARDAO

En Latinoamérica, al mismo tiempo que *adoptado*, el positivismo fue *adaptado*. Adopción, pero a la vez adaptación a nuestras circunstancias histórico-culturales. Su asimilación, entonces, se llevó a cabo a través de su transformación.

Semejante adaptación no se hizo en las mismas condiciones en todo el Continente. A la variante respecto a la fuente europea del positivismo latinoamericano tomado en conjunto, se suma su variante de país a país. Ésta, en algunos casos, no es menos importante que aquélla. Así, por ejemplo, los positivismos argentino y mexicano difieren notablemente del positivismo europeo; pero difieren no menos notablemente entre sí.

El juego de esas dos variantes —de Europa a Latinoamérica y de país a país en la propia Latinoamérica— impone, para su debida comprensión, dos observaciones previas. En primer lugar, si bien no hay un solo positivismo latinoamericano, tampoco hay un solo positivismo europeo. En segundo lugar, mientras los positivismos europeos, por lo menos los principales, se interinfluyen, los nuestros se desconocen entre sí.

Sin perjuicio de una esencial base doctrinaria común, el positivismo fue tan diversificado en Europa como en Latinoamérica. Este hecho suele pasarse por alto cuando se roza el tema. Y es tanto más importante cuanto que, en cierta medida, ya que no totalmente, la diversidad del positivismo latinoamericano fue reflejo de la diversidad del positivismo europeo.

El positivismo difiere de manera sensible en los cuatro países de la Europa occidental donde fue más importante, los países dirigentes de la vida filosófica en la época moderna: Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. De manera mucho más sensible todavía, yendo a las variedades nacionales que asume en otros países europeos. Considerando sólo los dos que principalmente influyen en el positivismo latinoamericano, Francia e Inglaterra, sus respectivos positivismos no sólo difieren entre sí, sino que sus propias diferencias internas suelen ser profundas. En Francia, desde el positivismo del fundador, Comte, al de Taine, pasando por los de Littré, Laffitte, Renan, para no recordar ahora otros. En Inglaterra, desde el positivismo de Stuart Mill al de Spencer, pasando por los de Darwin, Bain, Huxley. Sería fácil hacer listas más extensas, que se hallan a mano en cualquier historia de la filosofía; y mucho más si pasamos, por un lado, de los positivismos clásicos a sus formas epigonales hasta llegar al neopositivismo, y por otro, de los positivismos de generalidad filosófica a sus formas aplicadas en dominios especiales de la cultura.

Hasta dónde la diversidad del positivismo latinoamericano fue reflejo de la del europeo, lo muestra el ejemplo elocuente de dos países limítrofes, Brasil y Uruguay, en los que el positivismo constituyó, en cierto momento, una verdadera modalidad de la inteligencia nacional. Si los positivismos de uno y otro país fueron muy diferentes, se debió ante todo a la diferencia inicial de sus fuentes respectivas: la francesa de Comte para el brasileño, la inglesa de Spencer para el uruguayo, dicho sea atendiendo a las inspiraciones dominantes. Claro está que muchos rasgos diferenciales de nuestros positivismos se explican por la diversidad no de los modelos ultramarinos, sino de los caracteres y circunstancias particulares de cada país.

La diversidad europea del positivismo, en los países principales, se produce en medio de las recíprocas influencias de unos a otros; la diversidad latinoamericana del positivismo, por el contrario, se produce con escasísimo o nulo intercambio de los países latinoamericanos entre sí. Para cada uno de éstos, el punto de partida lo constituye tal o cual positivismo europeo, no siempre excluyente de la coexistencia, ambas secundarias, de otros también europeos. Falta, en cambio, la relación interna en el seno de la comunidad latinoamericana.

Lo que existe de común, en el grado en que existe, en los procesos positivistas del Continente, en el siglo XIX, deriva del fondo común de las fuentes europeas, así como de la condición también común —necesidades y apremios culturales, sociales y políticos— de nuestras nacionalidades en su etapa de organización. No de la comunicación intelectual entre nuestras universidades y centros de estudio. En Europa, desde la correspondencia epistolar entre los iniciadores Comte y Mill, hasta la profunda asimilación que del positivismo inglés hizo Taine, existe —por

ejemplo— una constante vinculación entre los positivismos de Francia e Inglaterra. Igualmente constante es —también por ejemplo— la ignorancia recíproca durante las largas décadas de su vigencia histórica, de los tres más importantes positivismos latinoamericanos, o sea, los de México, Brasil y Argentina.

Educación, política y religión, fueron los campos donde especialmente se hizo sentir la acción histórica del positivismo en Latinoamérica, en relación estrecha con la actividad de los órganos educacionales y gubernamentales del Estado. El positivismo inspira en esos campos procesos y reformas de estructura, a partir de profundos cambios de conciencia operados en los planos menos condicionados o más libres de la vida espiritual y cultural, como la crisis cientista de la metafísica o la crisis naturalista del romanticismo literario y artístico.

La interacción entre ellos es obvia, por lo mismo que es convencional la fragmentación de que resultan. Por otra parte, determina a los cambios de conciencia y por lo tanto a los procesos educacionales, políticos y religiosos, la filosofía general, donde las doctrinas positivistas enfrentan polémicamente y desplazan a las escuelas espiritualistas, desde el eclecticismo al krausismo. Pero es en aquellos campos aplicados donde se manifiesta lo que nuestro positivismo tiene de más vigoroso y de más peculiar.

La diferencia capital del positivismo latinoamericano tomado en conjunto, respecto al positivismo europeo, también tomado en conjunto, es la que precede y trae consigo a la cultura científica en sentido estricto, en lugar de ser su consecuencia. Fue ésta, en nuestros países, la gran obra del positivismo en *materia educacional*.

El positivismo apareció en su hora, en Europa, como un cientismo filosófico. Surgió del contragolpe en el seno de la filosofía, del triunfo histórico de la ciencia positiva de la naturaleza. Ese cientismo, deformado más tarde en lo que se llamó el "cientificismo", constituyó una doble exaltación filosófica de la ciencia: del punto de vista teórico, el método de ésta era el único capaz de fundar conocimientos ciertos; del punto de vista práctico, ofrecía ilimitadas posibilidades para el aprovechamiento utilitario de la realidad natural.

Se comprende que ese espíritu cientista en el seno de la filosofía, no pudo manifestarse sino después, y aun mucho después, de la organización e imposición del saber científico-natural, de fundamento físico-matemático. Dándole al término *organización* todo su sentido, la de la ciencia arranca de fines del siglo XVII, cuando la constitución de las primeras academias científicas. Se desarrolla generosamente a lo largo del XVIII, con profunda repercusión en la filosofía. En la primera mitad del XIX, alcan-



Augusto Comte — "constante vinculación"

zada una apreciable perspectiva histórica del proceso teórico, y en medio del creciente empuje de las aplicaciones prácticas en el seno de la revolución industrial, el positivismo, de Saint-Simon a Comte, cuaja definitivamente como doctrina. Fue entonces un espontáneo fruto filosófico de la ciencia llegada a la plenitud de su floración, aunque no, ella misma, a su madurez.

En Latinoamérica el proceso fue inverso. El ciencismo positivista no derivó de la ciencia: fue la ciencia la que derivó aquí del ciencismo positivista. Eso fue posible, claro está, porque Europa había hecho ya su experiencia científica, de la que pudimos aprovecharnos para radicar aquí la ciencia mediante esa herramienta ideológica que fue el positivismo.

Cuando las doctrinas positivistas empezaron a llegar a Latinoamérica en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo pasado, nuestros países carecían casi absolutamente de cultura científica, en el sentido del saber experimental físico-matemático. Aquellas doctrinas, entonces, no significaron solamente, en el orden del conocimiento, la incorporación de un nuevo criterio sobre la posibilidad y el valor de éste; significaron, sobre todo, la incorporación de un nuevo tipo de conocimiento, el propio de las ciencias naturales. Los propagandistas del positivismo comenzaron por preconizar la introducción de la enseñanza y el cultivo de dichas ciencias, en nuestros centros de estudio, dominados por la retórica romántica, superpuesta sin mayor contradicción a la neoclásica, en la mentalidad metafísica y legista.

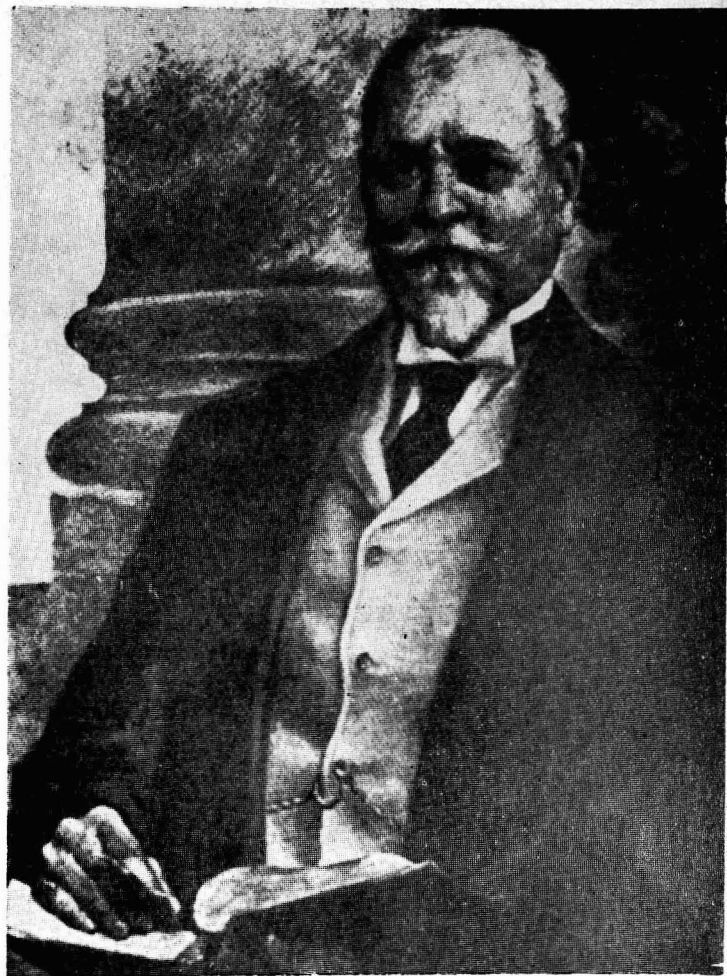
El fenómeno no se presenta en el mismo grado en todo el Continente, pero con esta salvedad —de la diferencia en el grado— puede considerarse general. En el Río de la Plata, se había retrocedido respecto a la situación de las aulas en la última fase del periodo colonial. Habían llegado éstas a asimilar el espíritu científico de fines del siglo XVIII, lo que explica hechos como el surgimiento de un sabio naturalista de la talla de Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848), admirado por Cuvier y Saint-Hilaire. Ese espíritu lo perdieron luego las aulas de la Revolución y de los primeros tiempos de la Independencia,¹ hasta que vino el positivismo a radicar definitivamente la cultura científica. Al llegar al 900, la organización sistemática de ésta en todo el Continente, a través de la actividad educacional, aparece como el más coherente y uniforme producto de aquella corriente de pensamiento.

Ese aspecto de la acción del positivismo en el campo de la educación, es aquel en que menos se hace sentir su apuntada variante de país a país latinoamericano. Constituye una general y básica directiva de política educacional, en la que todas las formas de positivismo coinciden. El saber científico, positivo y utilitario, es el gran desiderátum de las reformas y planes de enseñanza, que en el último tercio del siglo pasado imponen, desde la escuela a la universidad, las direcciones positivistas, comtianas o spencerianas. Se satisfacía de ese modo una verdadera necesidad de nuestras nacionalidades, todavía inorgánicas en su existencia económica y social, tanto como política. Fue contra las exageraciones de ese utilitarismo positivista que se produjo más tarde la reacción idealista del 900, centrada en el mensaje del *Ariel* de Rodó.

En ese mismo campo de la educación, sin embargo, comienza ya la diferenciación interna del positivismo latinoamericano, cuando del plano de la política educacional se pasa al de la teoría pedagógica dirigida a la técnica de la enseñanza. Un momento hubo, en el tercer cuarto del siglo pasado, en que el espíritu cientista del positivismo, llevó en Europa, por el lado del evolucionismo sajón, a convertir la pedagogía en la *ciencia de la educación*, bajo el modelo de las ciencias naturales. Esta forma de positivismo pedagógico se impuso en el Río de la Plata en la acción educacional del argentino Sarmiento y el uruguayo Varela, de inspiraciones anglo-norteamericanas. Y dio lugar aquí a una original especulación doctrinaria, la del argentino-uruguayo Francisco A. Berra, por la que nuestro positivismo teórico, en este sector de la filosofía aplicada, alcanzó en la época verdadera repercusión en Europa.

En materia política, se impone una distinción de dos planos, análoga a la que acaba de hacerse en materia educacional. Hay, en primer lugar, un general positivismo político latinoamericano, que resulta de la aplicación a los hechos y problemas políticos del criterio propio de la filosofía positivista en lo que tiene de genérico: el enfoque realista y positivo en los planteamientos, la preocupación utilitaria y práctica en las soluciones. Pero en un sentido más estricto, aparecen, en segundo lugar, las modalidades específicas del positivismo político en Latinoamérica, muy diferentes entre sí: a partir de aquel criterio común, divergen según el contenido ideológico de las distintas escuelas positivistas europeas, así como según las formas instrumentales de su acción.

Tomando en cuenta los positivismos clásicos de Comte y Spencer, es expresiva muestra de la variedad de su influencia



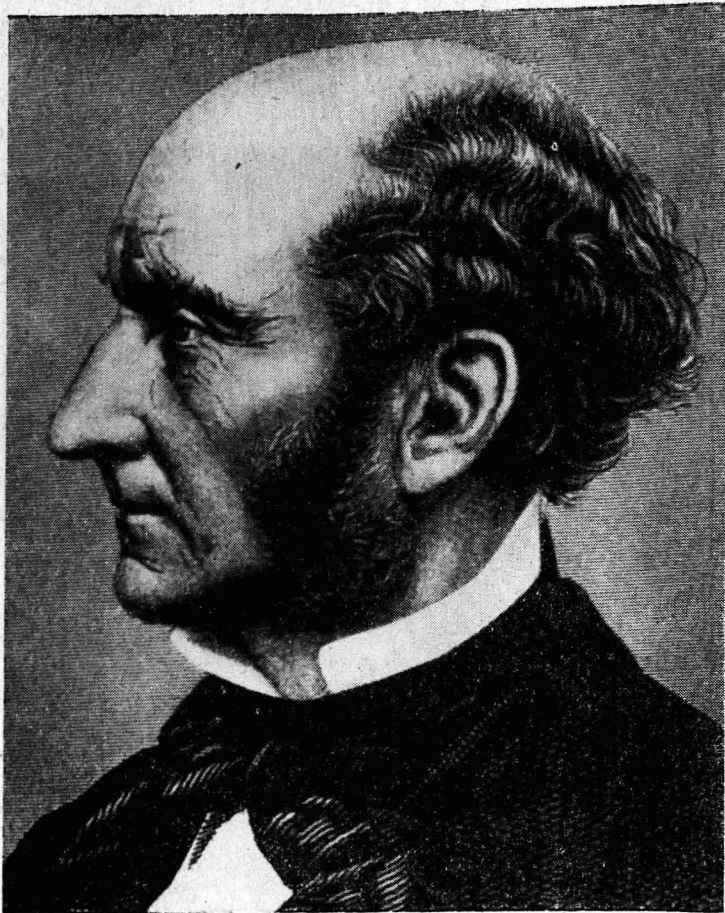
Justo Sierra — "El partido de los científicos"

de este lado del Atlántico el ejemplo comparativo de los tres mayores países latinoamericanos: Brasil, Argentina y México. En el primero, floreció el positivismo político de la escuela de Comte; en el segundo, predominó el de la escuela de Spencer; en el tercero se impuso históricamente una síntesis de ambos, con predominio del primero. Pero al diferente origen europeo de los respectivos positivismos, se añade todavía la diferente manera de manifestarse en los procedimientos de la acción política.

En el Brasil, el positivismo comtiano, como corriente política, fue una de las derivaciones de la Sociedad Positivista de Río de Janeiro, fundada en 1876 por Benjamín Constant Botelho de Magalhães con un grupo de discípulos. Su acción histórica es inseparable de la proclamación de la República en noviembre de 1889. Si no la única, fue la más poderosa fuerza republicana que preparó y llevó a cabo el derrocamiento del Imperio. La acción personal de Benjamín Constant fue entonces decisiva, secundándolo en el gobierno provisional otro primaz positivista, Demetrio Ribeiro. De esa intervención de los positivistas en el alumbramiento de la República, resultó entre otras cosas la inscripción en la bandera nacional del lema comtiano "Orden y Progreso", subsistente hasta ahora.

En doctrina política, si bien republicano, había sido Comte hostil al liberalismo democrático. Entre la aristocracia y la democracia, concebía la "sociocracia", alrededor de una forma de poder que calificaba de "dictadura republicana". Esta dictadura republicana fue la que los positivistas brasileños quisieron hacer triunfar en el seno de la Constituyente. Fracasado el proyecto, uno de sus diputados a la misma, Julio de Castilhos, lo impuso luego en su Estado de Río Grande del Sur, siendo ésta la única consagración en el mundo de las ideas constitucionales de Comte. Sin llegar a este extremo, el positivismo comtiano, como mentalidad política, se difundió por todo el país antes y después de la caída del Imperio. Sólo secundariamente influyó también el evolucionismo spenceriano.

En la Argentina, el positivismo político, poderoso en su hora, no se manifiesta, sin embargo, en cuanto tal, como corriente diferenciada, según sucedió en el Brasil, ni mucho menos como partido organizado, según sucedió en México. A diferencia de los brasileños y mexicanos, los positivistas argentinos no hacen del positivismo un factor de cohesión o proselitismo político; no hacen de su doctrina filosófica motivo de definición o bandera para la constitución y acción de un movimiento o una corporación política, aunque en su militancia aparezcan las declaraciones o invocaciones individuales positivistas, explícitas o implícitas.



Stuart Mill — "diferencias internas"

Por otra parte, el positivismo político que se impone en la Argentina, es fundamentalmente de procedencia sajona, en la línea del evolucionismo naturalista. La escuela de Comte ejerce alguna influencia en ciertos medios pedagógicos, a partir de la Escuela Normal de Paraná. Políticamente, en cambio, su influencia es nula, no pudiendo entonces retacear el avasallante liberalismo que la generación positivista heredó de la romántica anterior. De Mill a Spencer, el positivismo inglés sustentó una filosofía política democrata y liberal que armonizó con la del espiritualismo francés, de Tocqueville a Laboulaye. Imbuidos de ese liberalismo, los positivistas del 80 llegaron a protagonizar una definida conciencia nacional, que se proyecta en la dirección de todos los grupos políticos. El positivismo de cuño spenceriano proporcionó así a la inteligencia argentina la ideología con que se llevó a término la dilatada tarea de la organización de la nacionalidad.

En México, la acción del positivismo se cumple en dos grandes etapas, a partir de la influencia dominante de la escuela de Comte. En la primera, aunque de acento educacional, Gabino Barreda aplica ya a la historia política de México la tesis del positivismo comtiano. En la segunda, este positivismo comtiano, complementado con elementos del positivismo sajón, pasa a inspirar la creación de un partido político, el llamado de "los Científicos", que se organiza formalmente de la década del 90.

Por obra de dicho partido, el positivismo se identifica en México con la acción oficial del Estado, como en ningún otro país de América. En Brasil, el positivismo oficial, aunque importante, fue accidental; en Argentina, el positivismo fue oficial sólo como doctrina implícita de los orientadores del poder; en México, en cambio, se convierte en la doctrina expresa de la prolongada dictadura de Porfirio Díaz. El partido de los Científicos, animado por la gran figura intelectual de Justo Sierra, después de haber hecho la teoría del porfirismo como tercera y definitiva instancia en el advenimiento del espíritu positivo —luego del primado de los partidos conservador y liberal— le proporcionó sostén político de hecho. La dictadura resultaba justificada, al modo de Comte, como garantía de un orden basado en la ciencia. En cuanto al ideal de libertad, que se invocaba también, tomándolo de Mill y Spencer, sólo era admitido en materia económica. Porfirismo y positivismo se solidarizan hasta la identidad. Políticamente la Revolución, e intelectualmente el Ateneo de la Juventud, trajeron hacia 1910, la simultánea caída de uno y otro.

La acción política del positivismo en los demás países de América, no reproduce exactamente una u otra de las situaciones de los tres principales que se han visto, Brasil, Argentina y México; pero esas situaciones dan la pauta de la diversidad de los distintos procesos nacionales.

En materia religiosa, la acción del positivismo en Latinoamérica se dio también en dos planos: en el teórico de las creencias y en el práctico de las luchas contra la Iglesia y el clero.

Del punto de vista de las creencias, el positivismo formalizó en nuestros países la crisis de la idea de Dios, ya que no la crisis de la fe. Esta última había tenido lugar en la generación anterior por obra del deísmo que fue propio de la metafísica espiritualista de los románticos. Contra la metafísica espiritualista, que los deístas compartían con el catolicismo, se alzaron los positivistas en nombre de la ciencia positiva, llevando al agnosticismo cuando no al ateísmo. Después del 80, la idea de Dios, dominante todavía en el racionalismo religioso precedente que había entablado la lucha contra la Iglesia en nombre de la religión natural, participa de la quiebra general de la propia metafísica, en los núcleos más activos de la inteligencia universitaria latinoamericana.

En el mismo plano de las creencias, el positivismo pasó de esa acción crítica a una acción constructiva, en el caso del Brasil, donde se propaga, como en ningún país del mundo, la "Religión de la Humanidad" fundada por Comte. El positivismo comtiano se difundió en América más en la línea filosófica de Littré que en la religiosa de Laffitte. Brasil fue la gran excepción, con el Apostolado o Iglesia Positivista de Miguel Lemos y Raimundo Teixeira Mendes, que culminó en 1897 con la solemne inauguración en Río de Janeiro del Templo de la Humanidad. El movimiento afín sostenido en Chile por los hermanos Lagarrigue, estuvo lejos de tener la misma amplitud; y en la Argentina, los elementos religiosos del comtismo de J. Alfredo Ferreira y su círculo no pasaron de la esfera intelectual. En el Brasil, en cambio, el positivismo religioso, tomado en ese sentido, llegó a ser un fenómeno de masas, y si bien muy reducido en la actualidad, no ha llegado a extinguirse del todo. Es ésta, tal vez, la manifestación más original y llamativa del trasplante del positivismo europeo, considerado en todos sus aspectos, a la América Latina.

En el terreno práctico de las luchas contra la Iglesia y el clero, el positivismo significó la tercera fase del proceso recorrido en el siglo XIX por el anticlericalismo latinoamericano. La primera se manifestó en la generación de la Independencia, por influencia de Voltaire y la Enciclopedia, como reacción contra el ultramontanismo españolista, sin llegar a configurar una ruptura con el catolicismo: la lucha resultó dirigida contra el clero peninsular, realista y absolutista, seguida luego contra sus continuadores criollos. La segunda se manifestó en las generaciones románticas, por influencia del ya aludido deísmo racionalista, rompiéndose con la Iglesia en conjunto al romperse con la religión revelada: la lucha resultó orientada contra la totalidad del clero, pero dándose especial énfasis a las divergencias de doctrina filosófica. La tercera, protagonizada ahora por los positivistas, convierte en objetivo de fondo la lucha como institución social, poniendo entre paréntesis las polémicas teóricas en torno a los dogmas y a la fe. El laicismo educacional, cuya prédica iniciaran los liberales del deísmo espiritualista, se consolida en la acción anticlerical de los liberales del positivismo. Esta acción se orienta a la progresiva secularización de las instituciones, y en definitiva, a la separación de la Iglesia y el Estado, no en todos lados alcanzada.

El deslinde de las tres materias especialmente consideradas en lo que antecede, educación, política y religión, hemos dicho ya que es convencional. Los valores que dieron carácter histórico al positivismo latinoamericano como ideología, mas que como filosofía, presentan una conexión estructural en la conciencia de la época que lleva insensiblemente de uno a otro campo. Como forma mental, el Continente no había conocido una etapa tan orgánica desde la escolástica colonial. Fue, en cambio, la etapa del mayor aislamiento de los distintos países latinoamericanos entre sí. La crisis de esa ideología, abierta ya en el 900, sólo mucho después ha sido seguida de la crisis de las instituciones que creara. Y es tal vez un signo de ésta, ya en nuestro tiempo, un divorcio entre teoría y práctica como no se conoció en los tiempos del positivismo.

¹ Dirá Alberdi: "Al escribir el nombre del Colegio (de Ciencias Morales) en que me eduqué, me explico por primera vez por qué yo y mis colegas somos nulos en ciencias físicas y naturales. La razón es clara, es porque sólo se nos enseñó 'ciencias morales'. Este hecho prueba dos cosas: una en favor, otra en contra de Rivadavia. Dando tal impulso a las ciencias morales, probó que él pensó hacer de su país un país libre. Los tiranos tiemblan de las ciencias morales. Pero al mismo tiempo probó Rivadavia, olvidando las ciencias físicas, que no conocía la verdadera exigencia de nuestros países, llamados a una vida industrial y positivista, a la que deben preparar por una educación compuesta de materias útiles y de material y productiva aplicación." (*Escritos póstumos*, xv, 907.)